

Corruptela y conjetura¹

GIAN BIAGIO CONTE

Scuola Normale Superiore di Pisa

gianbiagio.conte@sns.it

Título: Corruptela y conjetura.	Title: Corruption and Conjecture.
Resumen: Con un enfoque metodológico, el presente artículo examina un puñado de ejemplos de enmiendas conjeturales (Poliziano, Scaligero, Bentley, Porson, Diggle, Timpanaro, Delz, Mariotti, Baehrens, Peerlkamp y quien suscribe), en virtud de sendos aspectos: 1) la <i>emendatio ope codicum</i> representa un presupuesto capital de la <i>emendatio ope ingenii</i> ; 2) se antoja de veras útil identificar los modelos imitados por un determinado autor a la hora de subsanar ciertas corruptelas.	Abstract: Using a methodological approach, this article examines a handful of examples of conjectural emendations (Poliziano, Scaligero, Bentley, Porson, Diggle, Timpanaro, Delz, Mariotti, Baehrens, Peerlkamp and the undersigned) under two facets: 1) <i>emendatio ope codicum</i> represents a fundamental presupposition of <i>emendatio ope ingenii</i> ; 2) it is really useful to identify the models imitated by a given author when it comes to correcting certain corruptions.
Palabras clave: <i>Emendatio ope ingenii</i> , <i>Emendatio ope codicum</i> , Poliziano, Scaligero.	Key Words: <i>Emendatio ope ingenii</i> , <i>Emendatio ope codicum</i> , Poliziano, Scaligero.
Fecha de recepción: 7/10/2024.	Date of Receipt: 7/10/2024.
Fecha de aceptación: 14/10/2024.	Date of Approval: 14/10/2024.

Ab Ioue principium. Comenzamos con Poliziano, porque no hay duda de que debemos reconocerlo como el Júpiter de la crítica conjetural humanista: con él, la nueva filología inicia su historia. No solo estaba dotado de una agudeza genial, sino que poseía rigor metodológico y, si bien ufano de su propio talento y desdeñoso respecto a casi todos sus colegas, tam-

1 Traducción de Francisco J. Rodríguez Mesa (Universidad de Córdoba) y Rafael Bonilla Cerezo (Università di Ferrara/UCO). *Creneida* agradece al maestro Gian Biagio Conte que nos haya permitido porticar este monográfico con el tercer capítulo de su monografía *Ope ingenii. Esperienze di critica testuale*, Roma, Edizioni della Normale, 2018 (1ª ed. 2013), pp. 79-110.

bién supo poner freno a su bullente ingenio. Poeta apreciado y venerado en la Florencia de Lorenzo el Magnífico, como lo sería Alfred Housman en la Inglaterra victoriana, no se libró, tampoco él, de ásperas polémicas, aprovechando cada una de sus intervenciones críticas para una orgullosa lección del arte filológico.

Bastaría el ejemplo de *De rerum natura* 1, 122. Entre las opiniones erradas que inducen a los hombres a temer la muerte, Lucrecio contempla también la doctrina pitagórica de la metempsicosis, para lo cual se vale de la mención de Ennio:

etsi praeterea tamen esse Acherusia templa
Ennius aeternis exponit uersibus edens,
quo neque permaneant animae neque corpora nostra
sed quaedam simulacra modis pallentia miris.

*Aunque Ennio narre, exponiéndolo con versos inmortales,
que existen asimismo los templos del Aqueronte,
donde no permanecen las almas ni nuestros cuerpos,
sino ciertos simulacros de extraordinaria palidez.*

La tradición manuscrita atestigua unánimemente la lección *permaneant*: el verbo, poco frecuente en poesía, no volverá a aparecer en Lucrecio. El problema principal, empero, no es tanto su carácter del todo ajeno al léxico lucreciano, sino el adverbio de movimiento *quo*, que muchos críticos (Lachmann, Munro, Bailey) han forzado para que, de forma abusiva, asuma un valor locativo, como si fuera equivalente a *quo loco*. Para orillar la dificultad, Marullo lo había sustituido por *perueniant*, corrección que Pio incorporó en su edición anotada de 1511; también Candido, al año siguiente, en el apéndice de su *editio Iuntina*, la registraría entre las intervenciones probables. En el margen del códice Laurentianus XXXV.29, copia evidente de L (Med. Laur. 35.30, el códice que Niccoli había transcrito a partir del apógrafo de Poggio)², una mano arregló la lección *permaneant* con *pemanent*. Dicha mano fue identificada como la de Poliziano, en aquella época admirado profesor

2 Véase Michael D. Reeve, “The Italian Tradition of Lucretius”, *Italia Medioevale e Umanistica*, 23 (1980), pp. 27-48 (p. 39).

del Estudio de Florencia³.

El verbo *permanare*, que se repite con frecuencia en el *De rerum natura*, es una voz sin duda apropiada: cf. por ejemplo 3, 699 *permanare animam*; 3, 586 *anima emanante*. Hay que añadir que, en su *Adversaria*, Turnebus⁴ señaló un pasaje de Festo del cual se desprende una relación paretimológica entre *Manes* y *manare*: Paul. Fest. p. 115, 6-12 Lindsay “*Manalem lapidem*” *putabant esse ostium Orci, per quod animae inferorum ad superos manarent, qui dicuntur manes*; *ibid.* p. 147, 7; cf. Seru. *Dan. ad Aen.* 4, 490 *manes quod ad inferos manent*; *ibid.* 3, 63⁵. Es muy probable, por tanto, que Lucrecio sintiera motivada, y hasta viva en la herencia de las creencias romanas, la estrecha relación entre “las almas de los muertos” (los *Manes*) y su “paso de un mundo a otro” (*permanare*): es el concepto de metempsicosis que Ennio hace suyo en esos versos.

Tal recuperación etimológica no solo refuerza mi convicción de que la enmienda de Poliziano dio en el blanco, sino que también me permite brindar algunas consideraciones sobre su método conjetural: es típico del humanista toscano, en efecto, proponer correcciones que se basan en alguna *auctoritas*, la mayoría de las veces pasada por alto o malentendida. Incluso antes de su experiencia paleográfica y de su conciencia intuitiva de la fácil confusión gráfica entre las formas de *permanere* y *permanare*, estoy convencido de que fue su conocimiento de la etimología conservada en Paolo Festo y en Servio lo que le empujó hacia la enmienda precisa.

Partidario de un tipo de corrección decididamente innovadora para su época, había criticado en repetidas ocasiones la práctica más corriente, en la que triunfaba, según sus palabras, la conjetura *ex commodo conficta*: “*Nihil perniciosius studii iam pridem facere audent, ut nulla veteris auctoritate codicis, nullo scriptoris idonei testimonio nisi, quodcumque suspicio trahat, deleta priore lectione, superscribant et quod adhuc intellegi non potest in alia quaedam verba detorqueant, unde aliquis modo sensus,*

3 Véase Marco Rinaldi, “Per la storia di un verso lucreziano”, *Materiali e discussioni per l'analisi dei testi classici* [MD], 46 (2001), pp. 171-182 (pp. 174-175).

4 Adriani Turnebi, *Adversariorum Tomi III*, Basileae, Thomas Guarin, 1581, l. x, c. xv, col. 319.

5 Véase Robert Maltby, *A Lexikon of Ancient Latin Etymologies*, Leeds, Francis Cairns, 1991, s.v. *Manes*, p. 364.

licet undecumque decerptus, eliciatur”⁶. En resumen, no se trataba de una corrección, más o menos plausible, sugerida por el azar, ni por el capricho, sino de una restauración inducida por algún testimonio externo.

Del mismo modo, en Catulo 66, 48 (*Miscellanea* 1, 68), la recuperación de *Chalybon* contra el conservado y el amétrico *celitum*⁷ es, más que una conjetura, una admirable corrección nacida de la comparación con un complejo fragmento de la *Cabellera de Berenice* de Calímaco —fragmento que Poliziano desentierra por vez primera en una glosa a Apolonio Rodio, poniéndolo en relación con el verso de la transposición catuliana (*ut Chalybon omne genus pereat* – Καλύβων ὡς ἀπόλοιτο γένος)⁸—. Lo propio ocurre en *De officiis* 1, 18, 61. Aquí, Cicerón dice que las acciones llevadas a cabo por una alma valiente y firme acostumbra a cosechar vastos elogios; de ahí que los retóricos tengan vía libre para ensalzar Maratón, Salamina, Platea, Termópilas o Leuctra:

Hinc rhetorum campus de Marathone, Salamine, Plataeis, Thermopylis, Leuctris Stratocles, hinc Decii, hinc Cn. et P. Scipiones, hinc Marcellus...

Este es el texto conservado. Poliziano se dio cuenta de que el nombre de *Stratocles* ocultaba una corruptela —en esta lista de gloriosas batallas griegas, ¿qué iba a hacer allí el demagógico adversario de Demóstenes?— y lo modificó por <*hinc no*>*ster Cocles* (la corrección previa a la publicación de la *Centuria Segunda*⁹ se había atribuido a Pier Vettori). En efecto, había reparado en que, justo en este punto del texto, tras la serie de celebridades helenas, debía comenzar la serie paralela de las glorias nacionales romanas (cf. *noster*): primero el legendario Coclite, luego los Decii, los Escipiones, Marcelo. He aquí un ejemplo de conjetura que se confronta no solo con la realidad de la antigüedad sino, sobre todo, con los datos de la tradición

6 Angelo Poliziano, *Miscellaneorum Centuria secunda* [editio minor], eds. Vittore Branca y Manlio Pastore Stocchi, Florencia, Olschki, 1978, p. 11.

7 Callimachus, *Fragmenta*, ed. Rudolf Pfeiffer, Oxford, Oxford University Press, 1949, vol. 1, pp. 114-115.

8 Otros códices presentan *celerum* o *celorum*. Calfurnio y Partenio imprimieron *telorum*.

9 Cap. 14 de la *editio maior*, eds. Vittore Branca y Manlio Pastore Stocchi, Florencia, Fratelli Alinari, 1972.

manuscrita. En efecto, dos códices, desatendidos por otros críticos, transmiten algo más prometedor que *Stratocles* (*Stercocles* y *Stercodes*, para ser exactos)¹⁰, aunque ninguno de ellos recoge la lección propuesta por Poliziano. Este es otro atributo de su método filológico que conviene destacar: el cotejo de códices fue elevado a ley fundamental de la crítica¹¹: no es que fuera desconocido por otros humanistas, pero solo en las *Misceláneas* asistimos a un uso sistemático de esta práctica. La *emendatio ope codicum* se convierte en un presupuesto capital de la *emendatio ope ingenii*.

Poliziano era consciente, demasiado consciente, de que poseía un saber más amplio y un método más maduro que el resto de los humanistas, especialmente los de la generación anterior: todos ellos eran fervorosos devotos de los textos de la antigüedad grecolatina redescubierta, pero ninguno había perfeccionado un método igual al suyo en la práctica filológica (con la posible excepción de Lorenzo Valla). Y así es como no pocas de las precoces intervenciones de Poliziano (murió con apenas cuarenta años) fueron dictadas por un orgulloso antagonismo. Una de sus más brillantes correcciones, a *Ov. Ibis* 569, la vemos surgir precisamente de su intención de ridiculizar al erudito Domizio Calderini. El pasaje ovidiano cita el episodio narrado por Menelao en el cuarto libro de la *Odisea*: Helena, imitando las voces de las novias, llama uno a uno a los más fuertes de los griegos ocultos en el caballo de madera para inducirlos a la traición, pero Ulises sofoca enseguida al impulsivo Anticlo, a punto de responder a su llamada:

10 “Cum domesticum codicem cum duobus quibusdam conferrem, quorum scilicet alter mediae fere antiquitatis Andreae Magnanimi bononiensis opera... fuerit mihi commodatus, alterum vero longe antiquiorem ex Medica bibliotheca deprompseram, reperiebam in antiquiore pro ‘Stratocle’ ‘Stercocles’; at in bononiensi ‘Stercodes’, videlicet. c. et. 1. litteris in. d. coagmentatis parato lapsu”.

11 Remitimos a Sebastiano Timpanaro, *La genesi del metodo del Lachmann* [cap. 1, “L'emendatio ope codicum dagli umanisti al Bentley”], Padua, Liviana, 1985, pp. 3-16 [= *The Genesis of Lachmann's Method*, ed. y trad. Glenn W. Most, Chicago-Londres, The University of Chicago Press, 2005, pp. 45-57]; véanse asimismo Silvia Rizzo, *Il lessico filologico degli Umanisti*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1973, pp. 260-263; Anthony Grafton, “On the Scholarship of Politian and its Context”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 40 (1977), pp. 150-188; y Edward John Kenney, *The Classical Text*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 1974, pp. 5-12.

utque loquax in equo est elisus guttur Agenor,
sic tibi claudatur pollice uocis iter.

*Y como al locuaz Agenor en el caballo se le atragantó la garganta,
así a ti se te cerrará el camino de la voz con el pulgar.*

Para su desgracia, al pobre Calderini le pareció bueno este texto. Y despiadadamente, Poliziano, que carecía más de modestia que de ingenio, le reprochó primero que el personaje griego recordado por Homero era Anticlo y no Agenor (que, por cierto, era un guerrero troyano), y luego, dando rienda suelta a una interminable secuencia de ultrajes y burlas, lo remata no *in equo...* Agenor, sino *in equo... acerno* ('en el caballo de madera de arce'). No temo pecar de partidista si me adhiero al lema *à tout seigneur tout honneur*: en un museo del arte conjetural, Poliziano debería tener su propia sala, más incluso que por sus logros individuales, por la metodología que supo adoptar.

Scaligero no necesita heraldos ni apóstoles para anunciar sus milagros. Aunque su presunción de descender de una familia principesca (los Scaligeri de Verona) debía de tener poco fundamento, fue en efecto un príncipe, pero entre los filólogos. Aunque su época conoció eruditos con las prendas de Stephanus y de Casaubon, Turnebus y Muretus, de Justo Lipsio y de Lambinus, nadie haría tanto por las literaturas clásicas ni fue tan renombrado en Europa, especialmente en el campo de la crítica textual y la ecdótica. Llamado a la Universidad de Leiden, por graciosa venia de las autoridades académicas sería eximido de la docencia para que pudiera dedicar todo su tiempo a la lectura y corrección de autores antiguos. Muchas de sus incontables intervenciones críticas merecerían ser recordadas, aunque solo fuera para mostrar el amplio espectro de su talento e intereses; pero hay una que, por más que sea harto conocida¹², no puedo dejar de repetir aquí, pues siempre la he admirado como un ejemplo de verdadero virtuosismo adivinatorio.

En el carmen 61, 189 de Catulo, la tradición manuscrita ofrecía un texto muy corrompido y objeto de diversos intentos de corrección por

12 Un iluminador análisis de las corruptelas contenidas en estos versos puede leerse en Martin L. West, *Textual Criticism and Editorial Technique*, Stuttgart, Teubner, 1973, pp. 132-133.

parte de los editores que lo precedieron:¹³

ad maritum tamen iuuenem
caelites nihilominus
pulcre res.

De la estrofa anterior (v. 184 *marite*) Scaligero dedujo que aquí el poeta apela directamente al novio, celebrándolo; así enmendó el nexa *ad maritum*, por *at, marite*, y este fue su primer paso en el camino hacia la solución. Luego intuiría que la improbable secuencia *tamen iuuenem* ocultaba la fórmula asertiva de juramento *ita me iuuent Caelites*, fórmula que Catulo reutiliza, con variantes, en 66, 18 (*ita me diui... inuerint*) y 97, 1 (*ita me di ament*). Así pues, escribió:

at, marite, ita me iuuent
Caelites, nihilo minus
pulcher es.

*pero tú, marido, y que los dioses me ayuden,
no eres menos bello.*

Pero el reajuste más radical de este carmen consistió en la transposición de una estrofa entera. El grupo de vv. 184-198 lo integran, en efecto, tres estrofas pentásticas, las tres directamente enderezadas al futuro marido: en la primera, el poeta le recuerda la belleza de la novia que le espera en el tálamo; en la segunda, lo elogia por ser tan apuesto y atractivo como ella; y en la tercera le asegura que gozará del favor de Venus. Pero, en el curso de la transmisión, las estrofas segunda y tercera se trocaron recíprocamente y la comprensión de los versos se vio de veras comprometida¹⁴. Con soberana confianza, Scaligero restableció la secuencia correcta: “Monstrum lectionis, ut vides, sed in quo solo istius loci depravandi et

13 Joseph Justus Scaliger, *Castigationes in Valerii Catulli librum*, París, 1577, p. 52: “Locus inquinatissimus, quem ita, uti hodie legitur, reconcinnavit Parthenius. Mallem veterem lectionem depravatam reliquisset, quam suum somnium nobis interpretaretur”.

14 Véase Julia Haig Gaisser, *Catullus and his Renaissance Readers*, Oxford, Oxford University Press, 1993, p. 187.

emendandi cardo versetur. Transposita enim haec strophe locum cum superiore commutare debet, itaque sic omnia suo ordini reponimus, et tunc facile menda ipsa tollemus”¹⁵.

Un golpe de genio y una oleada de orgullo: así era Scaligero.

Otra transposición, quizá menos llamativa pero igualmente acertada, debe atribuírsele en el caso de esta secuencia de Verg. *Aen.* 10, 707-18:

Ac uelut ille canum morsu de montibus altis	707
Actus aper...	
.....	
substitit infremuitque ferox et inhorruit armos,	711
nec cuiquam irasci propriusue accedere uirtus,	
sed iaculis tutisque procul clamoribus instant;	
haud aliter, iustae quibus est Mezentius irae,	714
non ulli est animus stricto concurrere ferro,	715
missilibus longe et uasto clamore lacessunt;	716
ille autem impavidus partis cunctatur in omnis	717
dentibus infrendens et tergo decutit hastas.	718

como un jabalí empujado por la mordedura de los perros desde la cima de la montaña.....

.....

*se detiene y encorva el lomo, gruñendo furioso,
y nadie tiene la osadía de acercarse y enfrentarse a él,
sino que solo desde lejos lo persiguen hasta ponerlo a salvo con dardos y gritos;
de este mismo modo, entre los que tienen a Mecencio en justa indignación,
ninguno tiene el valor de asaltarlo con la espada en el puño,
lo provocan desde lejos con jabalinas y grandes gritos,
y él, intrépido por todos lados, se enfrenta a ellos
rechinando los dientes y quitándose de encima las lanzas.*

Este es el orden de los versos registrado en los manuscritos antiguos. La autoridad de la tradición ha llevado a muchos eruditos a aceptar esta secuencia, que atribuye los vv. 717-718 a Mecencio. Pero el símil con el jabalí se convierte entonces en una identificación más que en una comparación (así, entre otros, Conington, que encuentra “very plausible” que

15 Scaliger, *op. cit.*

el rey etrusco adopte el aspecto de una bestia). Es cierto que en Virgilio, mucho más que en Homero, *comparatum* y *comparandum* suelen aparecer fundiendo sus elementos; pero, si aceptáramos esta sucesión de versos, la atribución a Mecencio de ciertos rasgos propiamente referidos al jabalí violaría las leyes del *prepon*, de las cuales las descripciones de Virgilio nunca se desvían. Creo que se ha producido algún error río arriba en nuestra tradición. Habiendo comenzado el símil con la fórmula habitual *ac uelut ille... aper*, probablemente el nexa de unos versos después (*ille autem impavidus*, todavía referido al jabalí) parecía introducir un contraste y, por tanto, aludía a Mecencio.

Sea como fuere, Scaligero restableció el orden lógico de la secuencia transponiendo los vv. 717-718 después del 713 y dejando que la parte dedicada a Mecencio comenzara con el v. 714 (*Prolegomena in M. Manilium*, 8, en la segunda edición de su *Manilio*, Leiden 1600): “hoc ita esse nemo dubitabit, nisi qui Latine nescit, aut communi sensu caret”. De hecho, *ille autem impavidus* sigue muy de cerca el símil con el jabalí del modelo homérico en *Il.* 11, 415:

ὥς δ' ὅτε κάπριον ἀμφὶ κύνες θαλεροὶ τ' αἰζήροι σεύωνται, ὁ δὲ τ' εἰσι βαθείης ἐκ ξυλόχοιο θήγων λευκὸν ὀδόντα μετὰ γναμπτήσι γένουσιν, ἀμφὶ δὲ τ' αἴσσουνται, ὑπαὶ δὲ τε κόμπος ὀδόντων γίγνεται, οἱ δὲ μένουσιν ἄφαρ δεινὸν περ ἔοντα, ὥς ῥα τότε ἄμφ' Ὀδυσῆα Διὶ φίλον ἐσσεύοντο Τρώες.	415 420
--	--------------------------------

*Como cuando alrededor de un jabalí los perros y los jóvenes fuertes
corretean, y sale de una espesura
apretando sus blancos dientes entre sus curvadas mandíbulas,
se precipitan a su alrededor, y en medio cruzar de dientes
se oye, pero lo esperan por terrible que sea,
con el mismo afán corrían alrededor de Odiseo querido por Zeus
los troyanos.*

Todo el v. 718 *dentibus infrendens et tergo decutit hastas* solo puede referirse al jabalí: la bestia enfurecida, lista para atacar, chasquea los colmillos y al mismo tiempo se sacude del lomo las lanzas que lo han alcanzado.

Quien conservara el orden transmitido de los versos se vio forzado a evaluar el evidente modelo homérico y creía que Mecencio arrojaba las picas enemigas desde su ‘escudo’, dando así *a tergum* un valor metonímico bastante improbable: solo un fragmento de Salustio (*Hist.* 4, 75 Maur., citado por Servio *ad Aen.* 11, 619) parece avalar una exégesis tan retorcida. Los obstinados custodios de la tradición manuscrita, si realmente quieren ser guardianes del texto virgiliano tendrán que abandonar sus titubeos y plegarse, con Scaligero, a la transposición.

Permítaseme recordar una experiencia personal. Es de todos conocido el formidable talento crítico que Richard Bentley recibió como don de la Providencia (sus contemporáneos ya lo sabían), pero yo quisiera darles un testimonio directo: *experto credite*. Hace años, me encontraba preparando la edición crítica de la *Eneida* para la Bibliotheca Teubneriana y había llegado a fijar el texto del libro décimo. Pues bien, en el espacio de apenas siete versos me vi obligado a aceptar no una, ¡sino tres conjeturas propuestas por Bentley! Había descubierto tres faltas insidiosas, y también las había subsanado con maestría. Me costaba creer que, en un texto tan bien transmitido como el de Virgilio, se diera la posibilidad de intervenciones tan a menudo necesarias y, al mismo tiempo, tan decisivas. Solo queda examinar el pasaje, de acuerdo con el texto que he aceptado (vv. 702-11):

Nec non Euanthen Phrygium Paridisque Mimanta
aequalem comitemque, una quem nocte Theano
in lucem genitore Amyco dedit et face praegnans
Cisseis regina Parim: Paris urbe paterna 705
occubat, ignarum Laurens habet ora Mimanta.
Ac uelut ille canum morsu de montibus altis
actus aper, multos Vesulus quem pinifer annos
defendit multosquè palus Laurentia silua
pascit harundinea, postquam inter retia uentum est, 710
substitit...

*Y también mata al frigio Euante y a Mimante, coetáneo
y compañero de Paris, quien en la misma noche,
siéndole su padre amigo, dio a luz a Teano mientras la reina
Ciseida, embarazada de una antorcha, Paris: Paris en la ciudad de su padre*

*yace enterrado; la tierra Laurente acoge, desconocida, a Mimante.
Como ese jabalí conducido por la mordedura de los perros hacia abajo
por los altos montes,
que durante muchos años protegió el Vésulo rico en pinos
y el pantano de Laurente nutre con juncos,
cuando tropieza en las redes, para....*

Hemos dicho tres conjeturas en siete versos: veamos la primera. En el v. 704 los manuscritos leen *genitori Amyco*, y muchos editores los han seguido. Bentley, con un infalible sentido del lenguaje, se dio cuenta de que solo de manera ilusoria *dedit* podía combinarse al mismo tiempo con el dativo *genitori* y con el complemento *in lucem*: ‘dar a luz al padre’. De hecho, *dare in lucem* es una construcción ya ‘completa’, que no puede extenderse a un dativo. El ablativo absoluto *genitore Amyco*, idiomático en expresiones de paternidad, es la conjetura que trae para eliminar el obstáculo. Con absoluta economía.

El verso siguiente ofrece otra admirable muestra de virtuosismo: aquí, la pericia diagnóstica y la sagacidad terapéutica se refuerzan entre sí. Los manuscritos avienen en recoger *regina Parim creat: urbe paterna / occubat* etc. El contexto es arduo: no solo el verbo *occubat* carece de sujeto propio, que hay que derivar forzosamente del objeto *Parim* del verso anterior; sino que además el perfecto *dedit* no encaja bien con el presente coordinado *creat*, aunque los dos verbos se refieran a acciones del todo simultáneas¹⁶.

En una nota a Hor. *epod.* 5, 28, Bentley halló la solución al problema: lo corrigió como *regina Parim: Paris urbe paterna / occubat*. Podemos reconstruir así su razonamiento, aunque probablemente la idea le viniera a la mente bajo el impulso de una intuición: en una etapa temprana de la tradición manuscrita *Paris* fue omitido por la haplografía y luego, en su lugar, se conjeturó *creat* para tener un verbo que concordase con el acusativo *Parim*. Entre las deficiencias de la escritura, la haplografía es una de las más comunes, y se podrían ofrecer multitud de ejemplos: incluso en *Buc.* 7,70 *Corydon Corydon* P escribe un solo *Corydon*; en *Aen.* 2, 663 P escribe *patrem*, en lugar de *patris patrem*; y en 10, 753 reza *Salium*, en lugar de *Salius Salium*. Habiendo diagnosticado la falta con agudeza, el

16 Véase la interesante nota al respecto de Stephen J. Harrison, *Vergil, Aeneid 10*, Oxford, Oxford University Press, 1991, p. 239.

remedio casi cayó por su propio peso. La repetición contigua de la misma palabra declinada (o del mismo nombre propio en un caso diferente) se convertiría más tarde en un 'recurso' en Ovidio: cf. *fast.* 3, 199 *festa parat Conso; Consus tibi cetera dicit; ars* 1, 545 *dum sequitur Bacchas, Bacchae fugiuntque petuntque*; *her.* 7, 41 *quo fugis? obstat hiemps: hiemis mihi gratia prosit*. En el mismo libro décimo, Virgilio, en el v. 751, se complace en el artificio: ... *hunc peditem. pedes et Lycius processerat Agis*.

Falta la última corrección del pasaje. El jabalí de la comparación se divide en realidad en sendos jabalíes, igual de agresivos: uno que los cazadores se cobran en Monviso y otro que habita en la marisma Laurentina. Ambos se describen con dos fórmulas sintácticas diversas, que un error trivial en la tradición manuscrita ha unificado por accidente: el nominativo *actus aper* (708) produjo por analogía *silua pastus harundinea* (710). Pero el participio *pastus* no puede en modo alguno usarse fuera de la proposición relativa dentro de la cual está contenido y ligado al objeto *quem*; asimismo, necesariamente la coordinación *multosque* exige que el indicativo *defendit* se acople a otro verbo en indicativo. Es necesario corregirlo como *pasceat*. El retoque providencial repara la sintaxis trunca y devuelve el pleno equilibrio a las dos partes del símil.

Ya he publicado mi asombro como editor: hasta tres conjeturas en apenas siete versos. En aras de la honestidad, sin embargo, debo añadir que en el libro IX, en el v. 485, ya había estado tentado de aceptar otra corrección. El verso pertenece al desgarrador planto de la madre de Eurialo:

... nec te, sub tanta pericula missum,
adfari extremum miserae data copia matri?
heu, terra ignota canibus data) praeda Latinis 485
alitibusque iaces...

... antes de que te arriesgaras tanto,
¿no le fue dado a tu pobre madre hablarte por última vez?
Ay, en tierra desconocida yaces, presa entregada a los perros
y a los pájaros latinos...

En contra de la autoridad de los manuscritos más antiguos, Bentley propuso el vocativo masculino *date*, apoyándose en su sentido del estilo (pero también siguiendo la lección de algunos *recentiores*): sospechaba que *data*

praeda se debía a una asimilación mecánica de *data copia* del verso anterior. Además, el vocativo *date* añade *pathos* al apóstrofe, como ocurre en 2, 283 *expectate uenis?* y en 12, 947 *tune... spoliis indute meorum / eripiare?* Por lo tanto, me persuadí y di por buena la intervención. Pero algún tiempo después, cuando al editar el décimo libro tuve que aceptar las tres conjeturas que acabo de referir, di mi brazo a torcer y restablecí la lección *data* de los manuscritos. No lo hice por devoción hacia el texto conservado: antes bien casi por despecho. Tenía la impresión de que Bentley ya había disfrutado demasiado de mi admirado homenaje y me resistía a postrarme una vez más ante su abrumador ingenio.

En la admiración, por desgracia, late a menudo una pizca de envidia. En cualquier caso, el aparato crítico de mi edición todavía lleva las huellas de mi debilidad humana: junto a la lección *date* escribí ‘aegre reicio’. Me negué, aunque a regañadientes: la parte más cuerda de mí no podía dejar de apreciar otra muestra de agudeza del insuperable Richard Bentley.

Sin embargo, piénsese que Virgilio no fue “su autor”. Lo fueron, en cambio, Horacio y Terencio, quienes se beneficiaron de su cuidado más asiduo, y también el difícil Manilio: sobre estos tres ejerció una verdadera privanza crítica. En la edición de Horacio daría rienda suelta a sus dotes de implacable conjetrador (se han contabilizado más de 700 cambios en el texto)¹⁷; gracias a su pionero conocimiento de la métrica teatral latina, pudo someter a Terencio a un exhaustivo tratamiento (más de mil correcciones)¹⁸; y el texto de Manilio también fue transformado por sus pluma: corrigió no menos de 170 versos que le parecían fruto de interpolación. En su vejez se dedicaría a la tarea más ardua, la edición del Nuevo Testamento: aquí tuvo que vérselas con una transmisión muy atribulada y contaminada, que demandaba un frío ejercicio racional, más que un ferviente talento adivinatorio; pero tras dos décadas de infatigable laboreo, la muerte le impidió culminarla. Karl Lachmann tardaría otro siglo en lograr tan fabulosa hazaña.

17 David Roy Shackleton Bailey, *Profile of Horace* [“Bentley and Horace”], Londres, Duckworth, 1982, pp. 104-120; véase también Rudolf Pfeiffer, *History of Classical Scholarship from 1300 to 1850*, Oxford, Oxford University Press, 1976, p. 154.

18 Es cuando menos útil leer lo que escribió Gottfried Hermann en *De Richardo Bentleyo eiusque editione Terenti dissertatio*, Lipsiae, 1819 [= *Opuscula*, Lipsiae, [apud] Gerhardum Fleischerum, 1827, vol. II, pp. 263-87].

Bentley consideraba como la cualidad decisiva en un verdadero filólogo la facultad para la adivinación, y los benévolos dioses se la concedieron a manos llenas a Richard Porson, el brillante *Regius Professor* de Cambridge que durante unas décadas dominó el estudio de la literatura griega. En cambio, le negaron, por desgracia, el equilibrio mental y la moderación en la vida. En la última sala de nuestro museo ideal (un “Epílogo” sobre la métrica como herramienta de diagnóstico de la corruptela), se hallará un ejemplo que sirve para mostrar lo fructíferos que resultaron los excepcionales conocimientos métricos de Porson en el arte de enmendar textos. Aquí, sin embargo, quisiera recordar una de sus conjeturas, que me parece admirable por su perspicacia e ingenio lingüístico: un verdadero caso de capacidad adivinatoria del error y del remedio apropiado.

Al final del *Ion*, el protagonista, resistiéndose todavía a creer que Creúsa es su madre, le pide pruebas sobre los objetos de agnición que habría dejado junto a su hijo al nacer —objetos que la pitia acaba de entregar al propio Ion—. El joven no se conforma con una sola respuesta, que podría, dice, ser accidentalmente correcta. Y Creúsa aporta más pruebas convincentes. El texto del manuscrito L dice (vv. 1427-28):

δράκοντες ἀρχαῖόν τι παγχρύσωι γένει
δώρημ' Ἀθάνας...

serpientes, don antiguo de Atenea a la estirpe toda de oro...

En general, la respuesta se antoja comprensible, aunque “estirpe toda de oro” parece un sintagma extrañamente enfático para referirse a la casa de Erecteo, rey de Atenas. Además, ¿por qué “algo (τι) antiguo”? Ate-nea había enviado dos serpientes para custodiar a Erecteo, antepasado de Creúsa, según recuerda Hermes en el prólogo de la obra (v. 23): pero seguramente no podía tratarse de serpientes vivas que hubieran permanecido en la cuna durante años y años. Por otra parte, el propio Hermes también recuerda que, a partir de entonces, hizo fortuna la tradición de regalar a los niños dos joyas con forma de serpiente.

Wilamowitz emendó el texto de L escribiendo:

δράκοντες, ἀρχαίωι τι παγχρύσον γένει
δώρημ' Ἀθάνας...

*serpientes, algún regalo totalmente de oro de Atenea a la estirpe anti-
gua...*

Kovacs¹⁹ retoma la propuesta de Wilamowitz sin sentir ningún pudor a causa de esa torpe τι. Lo extraño es que Porson ha mucho que había reparado brillantemente cualquier daño causado a dicho verso:

δράκοντε μαρμαίροντε παγχρύσον γέννυ,
δώρημ' Ἀθήνας...

*dos serpientes que desprenden destellos áureos en sus fauces,
regalo de Atenea.*

Aquí, pues, desaparece la molesta τι y encontramos el esperado doblete del v. 23 (δισσῶ δράκοντε): es a partir de entonces cuando comienza la corruptela de todo el verso. Recuperamos también un verbo, μαρμαίρω, que evoca la descripción de Apolo en los vv. Me: -88: χρυσῶι χαιταν μαρμαίρων, 'que hace brillar sus cabellos con destellos de oro'. No se puede pedir más. Pero Wilamowitz pasó por alto la brillante conjetura de Porson. ¿Quizá todavía estaba molesto por la encendida polémica que había enfrentado a este último, genuino producto de Cambridge, con Hermann, representante de Leipzig, un siglo antes? No quiero sobrestimar el peso de los motivos nacionalistas, pero ciertamente la indiferencia de Wilamowitz ante semejante obra maestra de la *emendatio ope ingenii* me parece incomprensible. Puede ser que yo, por mi parte, crea a pies juntillas en las palabras del sabio juez confuciano que, como ya he dicho, afirmó con rotundidad: "Conozco la verdad cuando me la publican". James Diggle lo ha corregido recientemente en su edición oxoniense de Eurípides (1981, reimpresa en 1986): aquí aparece, por fin, en el texto la enmienda de Porson.

Detengámonos en Diggle. No solo es un hábil editor, sino también un conjeturador de talento, que puede presumir de unas cuantas correcciones acertadas, tanto de textos griegos (sobre todo) como latinos. Re-

19 Eurípides, *Trojan Women, Iphigenia among the Taurians, Ion*, ed. y trad. David Kovacs, Cambridge (Massachusetts)-Londres, Harvard University Press, 1999.

cordaré una en Eurípides: me parece particularmente instructiva, porque permite aprehender, paso a paso, todo el trabajo mental que hay detrás de toda buena enmienda. En *Las suplicantes* (vv. 508-509), se documenta la siguiente afirmación (así transmitida por el manuscrito L):

σφαλερὸν ἡγεμῶν θρασύς·
νεῶς τε ναύτης ἤσυχος, καιρῶι σοφός.

*un comandante arrogante es causa de errori;
pero el marinero del barco que permanece a salvo se muestra firme en
un momento crítico.*

No está claro, sin embargo, por qué solo un marinero, y no un comandante, puede permanecer firme; además, el heraldo que pronuncia estas palabras no es sospechoso de sentir simpatías por los proletarios que normalmente componían las tripulaciones de los barcos. Esta puntuación, aceptada por Wilamowitz y Murray, debe abandonarse. Collard²⁰, que adopta la de Markland, junto con la conjetura νέος τε avanzada independientemente por Orelli y Camper, imprime:

σφαλερὸν ἡγεμῶν θρασύς
νέος τε ναύτης· ἤσυχος, καιρῶι σοφός.

*un comandante arrogante es causa de errores,
y también un marinero joven: quien permanece a salvo, se muestra
firme en un momento crítico.*

Esto ya es un progreso. Pero Diggle, en 1981²¹, objeta que ἤσυχος no puede significar ‘estable’ o ‘firme’, como pretende Collard. También señala que la reflexión de los vv. 506-09 se refiere a la *sophia* (χρῆ τῶς σοφούς...) y, por tanto, debe terminar con una definición del hombre σοφός, no del hombre ἤσυχος. La puntuación correcta (como había advertido Markland) sería entonces:

20 Eurípides, *Supplices*, ed. Christopher Collard, Groningen, Bouma's Boekhuis, 1975.

21 James Diggle, *Studies on the Text of Euripides*, Oxford, Oxford University Press, 1981, pp. 13-14.

σφαλερὸν ἡγεμῶν θρασύς
νεῶς τε ναύτης· ἤσυχος καιρῶι, σοφός.

*un comandante arrogante es causa de errores,
y también un marinero joven: quien está tranquilo en el momento adecuado es astuto.*

Esto es objetivamente mucho mejor, pero aún no hemos llegado a ese punto. De hecho, el propio Diggle observó que el “joven marinero” no encaja en el discurso del heraldo. La frase anterior recuerda “que los hombres sabios deben amar primero a sus hijos, luego a sus padres y, después, a la patria” (506-507), por lo que hablar de ‘jóvenes marineros’ está fuera de lugar. Diggle defendió el pleonasma νεῶς τε ναύτης (‘el marinero del barco’), aunque tuviera que hacerlo con ejemplos solo en parte convincentes: *Iph. A.* 266-67 ναυβάτας ναῶν; *Soph. Phil.* 540 ὁ μὲν νεῶς σῆς ναυβάτης. Pero pronto se dio cuenta de que bastaba con cambiar una letra para obtener el significado requerido: λεῶς τε ναύτης (‘la gente del mar’, ‘la tropa de marineros’)²². La expresión encuentra perfecta correspondencia con otros pasajes trágicos: *Eur. Hec.* 921/ ναῦταν ... ἔμιλον; *Iph. A.* 294- 95; *Sof. Ai.* 565; *Aesch. Pers.* 383 ναυτικὸν λεῶν. La corruptela figura idéntica en *Iph. A.* 1480 ναόν LP²: λαόν P. Por último, podemos leer la afirmación del nuncio: “Un líder arrogante es causa de errores, y lo mismo ocurre con la tripulación de marineros; el que está tranquilo en el momento oportuno es astuto”.

Emendatio ope codicum y emendatio ope ingenii: dos partes de un mismo oficio, aunque la primera de ellas solo alcanzó su plenitud crítica durante el siglo XIX, cuando se impuso el método estemático. Hemos visto cómo en la época humanista el más convencido defensor de la *emendatio ope codicum* fue sin duda Poliziano; adelantado a su tiempo, mostró también un genuino interés por la investigación histórica de la tradición manuscrita, pero aún pasaría mucho tiempo antes de que la *recensio* lachmanniana pudiera convertirse en el fundamento de una ciencia madura.

Lo que voy a presentar es un ortodoxo ejemplo de *emendatio ope codicum*: por tanto, no debería mencionarse aquí. Pero la excepción está

22 James Diggle, “Euripides, *Supplices* 508-9”, *Prometheus*, VII, 2 (1981), p. 122 [= *Euripidea*, Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 218].

justificada. En efecto, en este caso se destrona una lección parásita que hacía tiempo que había arraigado en el texto vulgar de Lucrecio; así, la nueva lección, preconizada por Sebastiano Timpanaro²³, adquiere casi el aspecto (concédaseme la licencia) de una corrección hecha *ope ingenii*. El *textus receptus* del *De rerum natura* abre el tercer libro con estas palabras:

E tenebris tantis tam clarum extollere lumen
qui primus potuisti inlustrans commoda uitae,
te sequor, o Graiae gentis decus, inque tuis nunc
ficta pedum pono pressis uestigia signis,
non ita certandi cupidus...

5

*Tú, que de las tinieblas fundes tan espléndida luz
has podido elevarte primero, revelando los verdaderos bienes de la vida,
y, orgullo del pueblo griego, te sigo y ahora en las huellas
marcadas por tus pies pongo y fijo mis pasos,
ansioso no solo de emularte...*

La lección *E tenebris* procede de un solo manuscrito humanista (el *Mona-censis 816*, llamado ‘Victorianus’), pero pronto se asentó indebidamente. En cambio, la primera palabra del verso en el *Oblongus* y en las *Schedae Vindobonenses* es la partícula invocativa *O*. El otro gran códice lucreciano, el *Quadratus*, carece de la inicial: el copista dejó evidentemente la tarea de miniar la primera letra al *rubricator*, quien, sin embargo, no cumplió con su trabajo. Es evidente que, puesto que el *Quadratus* y las *Schedae* derivan del arquetipo a través de un subarquetipo, la concordancia de uno de estos dos manuscritos con el *Oblongus* refleja a las claras la lección del arquetipo. Parece entonces paradójico que Lachmann señale “*O ineptum est*”. Este caso se opone a los criterios mismos del método estemático, el método que lleva su nombre y que tiene su fundamento práctico en la edición de 1850 de Lucrecio.

La lección correcta es, pues, *O*. Sólo G. Wakefield (1796), antes que Timpanaro, rechazó la conjetura *E* del *Victorianus* y puso en el texto *O tenebris tantis... / qui primus potuisti*. Se dio cuenta de que el tono que

23 Sebastiano Timpanaro, “Lucrezio III 1”, *Philologus*, CIV, 1-2 (1960), pp.147-149 [= *Contributi di filologia e di storia della lingua latina*, Roma, Edizioni dell’Ateneo & Bizzarri, 1978, pp. 135-39].

inaugura el proemio del tercer libro es el de un himno en honor a Epicuro. En efecto, tanto la partícula invocadora *O* como el relativo *qui*, que, a la manera de las aretologías helenísticas, evoca la hazaña sobrehumana del héroe lucreciano, son elementos típicos del fervor hímnico. Y entonces, bien mirado, ¿cómo se puede *extollere*, “elevar a las alturas”, una luz clara sacándola de la oscuridad, *e tenebris*? David West²⁴ se hizo esta misma pregunta con razón: “If you lift up a light from the darkness, what was it doing there? How would the darkness have been dark if it were there?”. Solo el ablativo simple (ablativo de ‘espacio difuso’) funciona dentro de este contexto: “en medio de tan grandes tinieblas de ignorancia”, “amid such great darkness”. La preposición *E* no es más que una intrusión abusiva que debe omitirse sin vacilar.

Al concluir su poema épico, Estacio despide la *Tebaida* mencionando la *Eneida*, modelo perfecto que ha seguido e imitado con devoción: *...nec tu diuinam Aeneida tempta, / sed longe sequere et uestigia semper adora*: “...no desafíes a la divina *Eneida*, sino síguela de lejos y sigue siempre sus pasos”. Una confesión franca y consciente, nada convencional, casi un colofón dirigido a sus lectores. En efecto, Estacio sabía que cada uno de ellos no solo era capaz de reconocer enseguida los signos de la estrecha relación de intertextualidad que unía su poema al virgiliano, sino también de apreciar la creatividad de su propia *imitatio* artística. Esto es precisamente lo que han aprendido a hacer los intérpretes modernos, que se esfuerzan por captar las semejanzas entre los dos textos épicos, al tiempo que aprecian sus divergencias e innovaciones²⁵. Pero la crítica del texto también puede beneficiarse de un hábil uso de la intertextualidad: el texto imitado encuentra su confirmación en el texto imitador; y viceversa; el texto imitador obtiene su refrendo del texto imitado.

24 David West, *The Imagery and Poetry of Lucretius*, Edimburgo, University Press, 1969, p. 80.

25 Véase una amplia revisión de las comparaciones en Rudolf Helm, *De P. Papinii Statii Thebaide*, Berolini, [apud] Mayerum et Muellerum, 1892, pp. 69 sgg.; Bernhard Deipser, *De P. Papinio Statio Vergilii et Quidii imitatore*, Argentorati, [apud] Carolum i. Truebner, 1881, en part. pp. 119-123; Randall Toth Ganiban, *Staius and Virgil: The Thebaid and the Reinterpretation of the Aeneid*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p. 113.

Pondré dos ejemplos complementarios, por así decirlo: una laguna virgiliana sanada al recuperar una imitación de Estacio y, al revés, un pasaje de Estacio corregido a partir de un uso lingüístico y una fórmula estilística, ambos típicos de la *Eneida*.

Comencemos por Virgilio. En *Aen.* 3, 358-62 Mynors lee:

His uatem adgredior dictis ac talia quaeso:
“Troigena interpres diuum, qui numina Phoebi,
qui tripodas Clarii et laurus, qui sidera sentis
et uolucrum linguas et praepetis omina pennae,
fare age...” 360

Me dirijo al vate con estas palabras y así le pregunto:

*“Hijo de Troya, intermediario de los dioses, tú que entiendes
la voluntad de Febo, los tripodes y laureles de Clario, las estrellas
y el lenguaje de los pájaros y los presagios de sus vuelos augurales,
dime, te lo ruego...”*

Así, Eneas apostrofa a Héleno, el vate troyano convertido en gobernante de Epiro, para que le revele el futuro que le aguarda. También Eneas posee todas las virtudes tradicionales de la adivinación y la profecía; Eneas las recuerda una a una; es más, hace especial hincapié en la capacidad de interpretar los oráculos de Apolo Clario: *qui tripodas Clarii et laurus... sentis*. Los manuscritos más fiables transmiten este verso de forma amétrica: *Clari laurus* (*Clari* es un yambo).

El verso irregular solía corregirse introduciendo una secuencia asindética: *qui tripodas, Clarii laurus, qui sidera sentis*. Así pues, no los “laureles de Claro” (la isla donde se levantaba el famoso santuario consagrado a Apolo), sino los “laureles de Clario” (es decir, de Apolo Clario). Este era el texto vulgar, que Ribbeck seguía aceptando.

Madvig²⁶ se rebeló contra el asíndeton: no quería que *tripodas* se desligara de *Clarii laurus*; por ello adoptó una lección de los *recen-tiores* y propuso: *tripodas Clarii et laurus* (‘los tripodes y laureles de Clario’).

26 Johan Nicolai Madvig, *Adversaria critica*, Hauniae, [Sumptibus] Librariae Gylldendalianae (Frederici Hegel), 1873, vol. II, p. 35.

Una solución que ha seducido a muchos editores y exégetas (Heyne, Mynors, Geymonat, Horsfall) por su bisoñez; sin embargo, pesa sobre ella la sospecha de que se originó como una acomodación, es decir, como un remedio conjetural para obviar la falla métrica.

Mackail²⁷ vislumbró otra posibilidad para evitar el asíndeton, partiendo de un verso de Lucrecio que Virgilio seguramente tenía en mente, *Pythia quae tripodi a Phoebi lauroque profatur* (1, 739 = 5, 112). Basándose en este modelo, conjeturó *qui tripodas ac Clarii lauros*: como consecuencia de la caída de la copulativa *ac*, el singular *tripoda* se habría cambiado por el plural *tripodas* para ajustar la métrica. Aunque la hipótesis posee atractivo *per se* (yo también me incliné al principio por adoptarla para mi edición teubneriana), se hace difícil prescindir del plural *tripodas*, que no solo es un estilema buscado en el lenguaje poético virgiliano, sino que también se refleja sobre un verso de Nicandro, en el que se menciona al oráculo apolíneo de Claro: *Alex. 11 ἐζομενος τριπόδεσσι παρα Κλαρίοις Ἐκάτοιο*.

Estoy convencido de que Silvia Ottaviano²⁸ había dado con la solución adecuada y, de hecho, acepté con entusiasmo su conjetura en mi texto: no solo me parece económica, sino también metodológicamente perfecta. Aquí está: en *Teb. 7, 706 ss.* otro sacerdote igualmente dotado de virtudes proféticas, Anfiarao, ya próximo a morir en batalla, es presentado por Estacio con palabras muy cercanas a aquellas con las que Virgilio en nuestro pasaje había caracterizado al vate Héleno:

...quantum subito diversus ab illo,
qui tripodas laurusque sequi, qui doctus in omni
nube salutato uolucrum cognoscere Phoebos!

*¡...qué repentinamente diferente de aquel
que sabía seguir los trípodes y los laureles, que en medio de las nubes
sabía, invocando a Febo, cómo interpretar el vuelo de los pájaros!*

27 Virgilio, *The Aeneid*, ed. John William Mackail, Oxford, Oxford University Press, 1930, *ad loc.*

28 Silvia Ottaviano, “Nota a *Aen. 3, 360*”, *Materiali e discussioni per l’analisi dei testi classici [MD]*, 62 (2009), pp. 231-237.

La imitación consiste aquí en calcos muy fieles: *qui tripodas laurusque...*, *qui* - ~ ~ - -. Sin embargo, la alusión al modelo prevé que, junto a las correspondencias, también sea posible apreciar algunas modificaciones emulativas. Estacio tuvo que leer así el verso de Virgilio:

qui tripodas laurusque Clari, qui sidera sentis

Estacio se apropió de una secuencia rítmico-sintáctica virgiliana y varió una de sus células constitutivas. Escribió *sequi* en lugar de *Clari*, una sustitución isométrica, isoprosódica e isotónica: un virtuoso *tour de force* que entra en liza con el modelo y se hace eco de él. La imitación de Estacio adquiere así, para la restauración del texto virgiliano, todo el peso de un testimonio de tradición indirecta: una lección muy valiosa y fiable.

Y ahora, el procedimiento inverso, el más familiar para el filólogo: el imitador Estacio corregido a partir del Virgilio imitado. El pasaje de la *Tebaida* que nos interesa es aquel en el que el viejo adivino Tiresias, a petición de Eteocles, prepara un rito infernal destinado a evocar las almas de los muertos; véanse en particular los vv. 4, 449-54:

Tum fera caeruleis intexit cornua sertis
ipse manu tractans, notaeque in limite siluae 450
principio largos nouiens tellure cauata
inclinat Bacchi latices et munera uerni
lactis et Actaeos imbres suadumque cruorem
manibus; adgeritur, quantum bibit arida tellus.

*Entonces Tiresias envolvió sus indómitos cuernos en sombrías guirnaldas,
palpando con la mano, y al borde del famoso bosque,
habiendo hecho cavar nueve fosas, primero vertió en ellas en abundancia
el licor de Baco y ofrendas de leche primaveral
y lluvia de miel ática y sangre que atrae las sombras de los muertos;
se añade tanta como la tierra reseca bebe de ella.*

Como sabemos por la *Nekyia* homérica (*Od.* 10, 519 y ss. y 11, 27 y ss.), se ofrece a los muertos vino, leche, miel y sangre. Estacio parece introducir una novedad en el ceremonial: *munera uerni / lactis* “ofrendas de leche primaveral”. ¿Por qué “primaveral”? No se puede creer que Estacio

esté variando el *lacte nouo* (“leche fresca”) que Eneas vierte en su libación, junto con el “vino puro” y la “sangre consagrada”, allí donde (*Aen.* 5, 77 ss.) celebra las *inferiae* por Anquises. Sospechando una *corruptio*, Damsté corrigió el texto con *et, munera Auerni, lactis*: una intervención aguda en apariencia, pero en realidad deletérea, pues disuelve el nexo *munera lactis*, indispensable por ser claramente paralelo a *Bacchi latices, Actaeos imbres, suadum cruorem*. Pero los recelos sobre *uerni* estaban justificados. Sin embargo, habría que esperar hasta la llegada de Josef Delz para divisar la corruptela por fin sanada y, además, con extrema elegancia²⁹.

Delz intuyó que bajo el extravagante adjetivo *uerni* se escondía el verbo *uergit*, un tecnicismo del rito sacrificial que significa “inclinarse la copa para verter en ella un líquido”. Así lo explica Servio en *ad Aen.* 6, 244: *uergere autem est, conuersa in sinistram partem manu, ita fundere ut patera conuertatur, quod in infernis sacris fit*. Los dos verbos del verso, *inclinat* y *uergit*, son prácticamente sinónimos; utilizados uno al lado del otro, despliegan un rasgo asaz típico del estilo virgiliano: el *dicolon abundans*, esa estructura bimembre en la que dos frases coordinadas y variadas expresan, casi por tautología, el mismo significado. Ahí lo tienen: en el verso de Estacio, oculto tras las corruptelas, Delz vislumbró las huellas de un rasgo estilístico plenamente virgiliano; restauró la estructura del ilustre modelo, y consiguió así enmendar la corruptela. En efecto, si el *dicolon abundans* es típico de Virgilio, igual de virgiliana es la colocación ‘en marco’ de los dos verbos: *inclinat* al principio del verso, *uergit* al final.

Podría citar muchos ejemplos similares de la *Eneida*: bastarán dos, en los que aparecen tanto el muy utilizado *dicolon abundans* como la configuración ‘en marco’ de los verbos: 2, 537 y ss. *persoluant grates dignas et praemia reddant / debita...* y 4, 505 y ss. *intenditque locum sertis et fronde coronat / funerea*.

Sin embargo, el propio Virgilio había empleado el raro verbo sacro, o más bien el compuesto *inuergere*, en una situación similar, donde, en el libro de los muertos, la Sibila celebra el rito de purificación antes de la catábasis: *quattuor hic primum nigrantis terga iuuencos / constituit frontique inuergit uina sacerdos* (*Aen.* 6, 243 y ss.). Ovidio también había acudido al mismo verbo para indicar los ritos infernales descritos en *Met.* 7, 245 y ss.

29 Josef Delz, “*Nec tu divinam Aeneida tempta*: Textkritisches zu Valerius Flaccus, Statius, Silius Italicus”, *Museum Helveticum*, xxxii, 3 (1975), pp. 155-172 (pp. 167-168).

...patulas perfundit sanguine fossas. / tum super inuergens liquidi carchesia uini / alteraque inuergens tepidi carchesia lactis / uerba simul fundit (Medea sacrifica a las divinidades ctónicas). Y el propio Estacio volvería a utilizar el verbo ritual *uergere* (una vez más para una ceremonia funeraria) al describir las libaciones ofrecidas al cuerpo del pequeño Ofletes en *Theb.* 6, 211 y ss.: *spumantesque mero paterae uerguntur et atri / sanguinis.*

Otro ejemplo más de imitación artística supeditada a la crítica textual. Es sabido que en la intención poética de Virgilio la *Eneida* debía aparecer casi como el tercer poema de Homero: una obra nueva que aspiraba a ocupar el lugar de la *Iliada* y la *Odisea* juntas. La modernidad de Virgilio tuvo entonces que medirse con el antiguo modelo griego, al que llamaba de continuo a la confrontación. La imitación de los dos grandes poemas heroicos conllevaba actos de apropiación y actos de transformación: la deferencia de Virgilio tenía que parecer evidente, pero igual de evidente era su libertad; la ejemplaridad de Homero tenía que ser incuestionable, pero igual de incuestionable debía ser la distancia que tomaba con respecto a él. Para Virgilio imitar a Homero significaba en cierto modo ponerse a su mismo nivel, proponerse como un *monumentum* literario, como un nuevo clásico. Homero debía aparecer como el garante del nuevo *epos*. Y Virgilio no escatima sus homenajes: esparce expresiones que recuerdan al gran modelo, de vez en cuando hace gala de los gestos más típicos de Homero o, a veces, acuña hallazgos lingüísticos o métricos.

Es precisamente en este último aspecto en el que deseo detenerme. En *Aen.* 3, 464 la tradición manuscrita se muestra unánime y no pocos editores leen con ella:

dona dehinc auro grauia sectoque elephanto

dones pesados de oro y de marfil labrado

Servio, que también lee así, observa el alargamiento de la última sílaba de *grauia* justificándolo como “finalitatis ratione”: no le convence (“sed satis aspere”), pero acepta el texto. Varios editores, a su zaga, citan *Georg.* 1, 279, *Aen.* 3, 91 y 12, 363 (en los tres pasajes el alargamiento concierne al enclítico *-que*). Lachmann³⁰, con improbable sentido, lo había corregido

30 *Caroli Lachmanni in T. Lucreti Cari d.r.n. Libros commentarius*, Berolini, Impensis Georgii Reimeri, 1855, p. 76.

como *grauia a*, pensando en la haplografía. Pero la corruptela tenía una génesis más compleja. Schaper se dio cuenta de ello cuando advirtió que *secto elephanto* era un calco de *πριστοῦ ἐλέφαντος* (Hom. *Od.* 18, 196 y 19, 564), cláusula particularmente notable por el hiato con el que viene marcada. Virgilio había querido connotar su cláusula con el mismo preciosismo métrico que Homero, no solo haciéndose eco de las dos palabras del modelo, sino también reproduciendo ese raro artificio estilístico. El insólito hiato debió de causar desconcierto entre los antiguos lectores, de modo que el verso fue pronto reordenado tal como se traduce; se escribió *sectoque* y se suprimió el ‘escándalo’, pero también se borró la huella de Homero. Schaper no tuvo dificultad, una vez desenredado el hilo de la imitación, en devolverle al verso su forma original:

dona dehinc auro grauia ac secto elephanto.

Dos ejemplos resultan ciertamente escasos si se considera el enorme rendimiento que puede ofrecer la imitación a la crítica textual. Se pueden encontrar algunas pistas más en un pequeño e interesante artículo sobre ciertas corruptelas en el *Aegritudo Perdicæ* publicado por Scevola Mariotti hace años: *Imitazione e critica del testo*³¹. Comentaba yo estas finas correcciones con mi amigo Michael Reeve, que no dejó entonces de recordarme otra feliz conjetura de Mariotti a los *Priapea*: le gustó mucho, y a mí me parece sinceramente notable, por la lección metodológica que se puede sacar de ella. Veámosla. El carmen 68 no es más que una parodia goliardesca de Homero: la *Iliada* y la *Odisea* son reinterpretadas con espíritu carnavalesco como una serie interrumpida de acontecimientos todos igualmente condicionados por motivaciones sexuales subidas de tono. De la violación de Helena a la ira de Aquiles, de la astucia de Odiseo a la fidelidad de Penélope, es siempre Príapo quien celebra su obscuro triunfo. Los vv. 11-12 se leen así en manuscritos y en muchas ediciones:

Mentula Tantalidae bene si non nota fuisset,
nil, senior Chryses quod quereretur, erat.

31 Scevola Mariotti, “Imitazione e critica del testo: qualche esempio dall’*Aegritudo Perdicæ*”, *Rivista di filologia e di istruzione classica*, xcvi, 1969, pp. 385-392 [= *Scritti di filologia classica*, Roma, Salerno editrice, 2000, pp. 523-530].

*Si los atributos del tantálido (=Agamenón) no fueran sobradamente conocidos,
el viejo Crises no tendría motivos para quejarse.*

Pobre Agamenón, ¡qué calumnia! Sin duda debía su notoriedad a un gran poder y a una arrogancia sin límites, no a sus atributos sexuales. Con respecto a la tradición mítica que le atañe, es bastante incomprensible, o al menos extraño, que se diga “si la *mentula* de Agamenón no fuera de sobra conocida”. Por esta razón ya Broukhusius había pensado que el texto estaba corrupto y había conjeturado *nata* (seguido por Bücheler); por su parte Baehrens había intentado corregirlo por *mota*. Dos soluciones poco o nada excitantes: una es un intento trivial, la otra resulta casi intraducible, si no francamente antigramatical (*mota* tiene una carga verbal en sí misma y difícilmente se combina con *fuisset*).

Pero si se mira más de cerca, incluso el orden de las palabras plantea dudas. No está claro por qué el autor habría escrito *si non nota* (o *nata* o cualquier otra opción), en lugar de dar una formulación normal y llana como *si non bene nota*. De ahí que, con buen pulso, Mariotti se diera cuenta de que la corruptela también implicaba a *non*, y por eso buscó una sola palabra oculta tras el nexa *non nota*. Se le ocurrió *morata*, que es una corrección acertada y elegante: “si la *mentula* de Agamenón hubiera estado bien educada”, lo cual equivale a decir “si hubiera tenido respeto por la joven Criseida, la hija del viejo sacerdote de Apolo”. En resumen, al sucumbir ante una *mentula* inmoderada, Agamenón había carecido de sentido de la moralidad.

Me parece que la brillante conjetura de Mariotti cumple todos los requisitos. El adjetivo *moratus*, tanto en Ovidio como en Séneca, indica, igual que en este caso, la naturaleza de las partes del cuerpo: *Met.* 15, 94 *uoracis et male morati... uentris*; *epist.* 123, 3 *bene moratus uenter*. Por cierto, la conjetura *bene morata* restablece un nexa lingüístico estándar; en efecto, puesto que el adjetivo es propiamente una ‘*uox media*’, *moratus* va acompañado a menudo de la determinación adverbial *bien* o *mal*: cf. Cic. *Brut.* 7 *bene moratae... ciuitatis*; *de orat.* 2, 184 *ut probi, ut bene morati... esse uideamur*; Liu. 26, 22, 14 *multitudinem melius moratam*. Un copista no entendió la bizarra voz y creyó (o intentó) leer *nō nota*: un gazapo que, según ocurre a menudo, es tanto paleográfico

como psicológico. La última edición crítica de la *Priapea* editada por Louis Callebaut, que acepta impávido el texto transmitido y no registra ninguna corrección en el aparato (pero véase la apresurada nota de la p. 271), resulta decepcionante³².

Todavía era muy joven cuando leí por casualidad un pequeño artículo en el que Eduard Fraenkel³³ proponía una conjetura al texto de Petronio: yo tenía que traducirlo como ejercicio para la asignatura de alemán avanzado y me lo había asignado un asistente del Seminario de Filología Clásica de la Scuola Normale. La práctica pedagógica estaba dirigida a textos que nunca habían sido traducidos al italiano, y —como ocurrencia— los clasicistas tenían que hacer un trabajo de algún filólogo clásico alemán, los filósofos tres o cuatro páginas menores de Heidegger o Husserl, mientras que los del curso de historia podían practicar sobre algún pasaje raro de Ranke o Weber, o incluso estudiar un extracto de la *Historische Zeitschrift*: en resumen, *unicuique Germanicum suum!* No me iba tan mal con la escritura de Fraenkel: prácticamente me la había aprendido de memoria.

Solo con el tiempo me di cuenta de la joya de crítica textual que escondía aquella pequeña nota. Como ocurre con los poemas aprendidos a la fuerza en la edad escolar —uno los sigue recordando en la adulta y solo entonces descubre en ellos toda su belleza—. Cuando la escribió, Fraenkel debía de haber comenzado recientemente a estudiar el *Satyricon* (en 1958, celebró en Pisa uno de sus célebres seminarios sobre la tradición de Petronio). El pasaje magistralmente restaurado por él se encuentra en el cap. 99, el de la escena de la reconciliación entre Encolpio y Eumolpo (el viejo poeta se había arreglado poco antes con Gitón):

profusis ego lacrimis rogo quaesoque ut mecum quoque redeat in gratiam: neque enim in amantium esse potestate furiosam aemulationem. daturum tamen operam ne aut dicam aut faciam amplius quo possit offendi. tantum omnem scabietudinem animo tamquam bonarum artium magister deleret sine cicatrice.

32 *Priapées, texte établi*, ed. Louis Callebaut [trad.] y Jean Soubiran, París, Les Belles Lettres, 2012.

33 Eduard Fraenkel, “Delevare”, *Glotta*, xxxvii, 3/4 (1958), pp. 312-315.

yo, llorando abundantemente, le ruego y le suplico que haga las paces también conmigo; así pues, a quien ama no es posible resistir a los celos de pasión. Le aseguro que yo me esforzaré por no decir no hacer jamás nada que pueda ofenderle. Le pido solo que, por su parte, en cuanto maestro de nobles artes, elimine cualquier aspereza de su alma sin dejar cicatriz alguna.

La última frase, a partir de *tantum*, opone de inmediato cierta dificultad: *animo* no le gustaba a Bücheler, que no aceptó hacerlo depender de *deleret* y, por tanto, la modificó por *animi*, vinculándola a *scabietudinem*. Pero el verdadero apuro reside en el imperfecto de subjuntivo *deleret*, inaceptable en un discurso indirecto dependiente de un verbo en presente: *rogo quaeso-que ut... redeat in gratiam*. La *consecutio temporum* requiere un subjuntivo presente. Y Fraenkel lo encontró en *deleuet* (de *deleuare*, ‘raspar, quitar una aspereza alisándola’). Columella *arb.* 6, 4 atestigua el uso del verbo en la ‘cirugía’ del arboricultor: *sin autem uetus uinea... radices alte positas habebit... eam uineam... resecat. quattuor digitos ab radicibus trunci relinquit et... iuxta aliquem nodum serrula desecato et plagam acutissimo ferro deleuato*. Es terminología quirúrgica, precisamente, como muestra *plagam*, “la herida”; y también un calco semántico del griego ἀπολεαίνω, “quitar alisando”. He aquí, pues, el texto corregido: *omnem scabietudinem animo... deleuet sine cicatrice*, “quite del alma toda aspereza sin cicatriz”. Después de esta corrección, incluso Bücheler ya no tendría ninguna duda en concordar *animo* con *deleuet*. Bastaba un toque imperceptible para devolverle al texto su desfigurada fisonomía: el menor gasto para la mayor ganancia.

Les ocurre con más frecuencia a los helenistas que a los latinistas que algún papiro emerge de las excavaciones para confirmar una brillante conjetura. Cuando esto sucede, es un día de fiesta, ya que los papiros no siempre recompensan piadosos la ordalía de los filólogos; al contrario, despiadadamente, la mayoría de las veces se divierten refutando sus pacientes elucubraciones. Pero en ocasiones se muestran liberales y constituyen, entonces, la mejor recompensa para la inteligencia humana. Así, un papiro de las arenas palestinas (PColt 1)³⁴ confirma una sagaz con-

34 Véase Maria Chiara Scappaticcio, “Noris e Noras (Verg. *Aen.* IV 423): un sondaggio di ‘Filologia dei papiri’”, *Vichiana*, 2 (2008), pp. 170-175. De la misma autora está en prensa un riguroso estudio acerca del conjunto del corpus de los papiros virgilianos.

jetura avanzada por Emil Baehrens en la segunda mitad del siglo XIX³⁵.

Baehrens fue uno de los filólogos más laboriosos de la gran *Altertumswissenschaft* alemana: alumno de Bücheler, L. Müller y Ritschl, enseñó durante mucho tiempo en Groningen³⁶. Como editor, preparó el texto de múltiples autores latinos, entre ellos Catulo y Propertio. Pero su empresa más notable fue la edición de los *Poetae Latini Minores*, que Teubner publicó en cinco volúmenes de 1879 a 1883. La conjetura que quiero mencionar se encuentra en el cuarto libro de la *Eneida*, en el v. 423.

Dido parece ahora desesperada: se ha dado cuenta de que Eneas ha decidido marcharse; hace entonces un último y desesperado intento para que su hermana Ana lo convenza de que al menos retrase su partida:

... Miserae hoc tamen unum 420
exsequere, Anna, mihi: solam nam perfidus ille
te colere, arcanos etiam tibi credere sensus;
sola uiri mollis aditus et tempora noras.
I, soror, atque hostem supplex adfare superbum.

*...Pero al menos hazme, infeliz de mí,
este único servicio, oh, Ana: ese traidor, en verdad,
solo a ti te respetaba, a ti confiaba sus pensamientos secretos;
solo tú sabías el modo dulce de acercarte a él, y el momento oportuno.
Ve, hermana, y ruégale que hable con ese orgulloso enemigo.*

Todos los manuscritos a una, pero también la tradición indirecta de Servio Danielino y Nonio Marcelo, presentan *noras*. Ya Peerlkamp (un erudito holandés que había sometido el texto de la *Eneida* a un profundo escrutinio en la primera mitad del siglo XIX, llevando hasta límites extremos el *ars dubitandi* predicado por Bentley) había escuchado en las palabras que Dido dirige a su hermana Ana una nota grosera e incongruente. Partiendo de esta razonable sugerencia, Baehrens llegó a la conclusión de que el verso así formulado parece una repetición innecesaria de la frase

35 Emil Baehrens, "Emendationes Vergilianae", *Neue Jahrb. f. Philol. und Paedag.*, 135 (1887), p. 817.

36 Remito a David Roy Shackleton Bailey, "Emil Bährens (1848-1888)", en *Latin Studies in Groningen: 1877-1977*, ed. Heinz Hofmann, Groningen, Egbert Forsten, 1990, pp. 25-37.

anterior (*solam... perfidus ille / te colere* etc.), ya que toda ella se refiere al pasado (*sola... noras*); la situación contextual exige, en cambio, que Dido tenga en mente encomendar a Ana una tarea que deberá realizar en el presente o en el futuro inmediato. La reina solo alcanza a decir: “tú sabrás (o podrás saber) el halago adecuado y el momento más oportuno para acercarte a Eneas”.

Baehrens lo corrigió, pues, por *noris*. Como por arte de magia, el texto recobra todo su sentido. Si a Ana se le encomienda la tarea de adular a Eneas, Dido se dispone a festejar a Ana: “Tienes dotes de tacto, hermana mía, y sabrás utilizarlas”. El discurso de la reina desesperada se articula por parataxis (como solo puede hacerlo un discurso roto por la ansiedad y el patetismo); pero la correspondencia anafórica “solam... te, sola...” implica un argumento causal: “a ese traidor solo tú le respetaste y apartaste sus pensamientos secretos: así que solo tú puedes saber la forma y el momento adecuados para acercarte a él”. Los *uiri mollis aditus et tempora* no pueden referirse a ocasiones ya pasadas, sino que pertenecen al plan que Dido quiere acometer: son momentos que están por llegar, los cuales, Ana con sabia industria, elegirá para su encuentro con Eneas. El propio héroe, unos versos antes (293-94), tras la impactante aparición de Mercurio, que le había ordenado abandonar Cartago, planeó una táctica asimismo circumspecta para informar a Dido de su inminente partida: *temptaturum aditus et quae mollissima fandi / tempora, quis rebus dexter modus*. La terminología es la misma y la estrategia tampoco difiere: primero Eneas y luego Ana deberían juzgar cuál es el momento adecuado para sus futuras maniobras.

No es imposible que la lección *noras* se deba a la intervención de quienes, en los primeros tiempos de la transmisión del texto de Virgilio, prefirieron creer la versión varroniana del mito (de la que se hace eco en cierta medida Ovidio en *Fasti* 3, 546-656), según la cual Eneas amaba a Ana y por ello mantenía encuentros secretos con ella; pero esta tradición parece absolutamente ajena a Virgilio y a todo el drama amoroso del cuarto libro de la *Eneida*. Peerlkamp lo sospechaba, y Baehrens le hizo justicia sumariamente cuando corrigió el texto transmitido mediante conjeturas. El papiro atestigua la lección *noris*; y poco importa que el propio papiro esté lleno de errores: según Fedro, incluso las perlas se encuentran a veces en los estercoleros, donde solo un *pullus gallinaceus* hallaría un grano de

maíz. Nosotros, en cambio, recogemos la preciosa perla y nos inclinamos reverentes ante la extraordinaria perspicacia de Emil Baehrens.

Antes de cerrar este capítulo, dos ejemplos de las *Geórgicas* de Virgilio. Durante los últimos años he dedicado gran parte de mi tiempo a este texto y a veces me he topado con conjeturas que merecen un espacio en mi museo ideal. Las dos que elijo son didácticamente más sugestivas que el resto, pues de ellas se puede extraer sin estorbos una lección de método crítico. En 4, 219-22, el texto consensuado por todos los manuscritos y aceptado por muchos editores (entre los últimos Mynors y Geymonat) es el siguiente:

His quidam signis atque haec exempla secuti
esse apibus partem divinae mentis et haustus .
aetherios dixere; deum namque ire per omnes
terrasque fractusque maris caelumque profundum.

Basándose en estos signos y refiriéndose a su comportamiento algunos han dicho que las abejas tienen una parte de la inteligencia divina y beben del éter celeste; y que el dios atraviesa todas las tierras tanto a través de las extensiones del mar como a través del cielo profundo.]

La última parte de estos versículos viene parafraseada en un pasaje del *De officiis* de Ambrosio (1, 13): *per omnia deum ire ipsi adserunt... uim et maiestatem eius per omnia elementa penetrare, terram, caelum, maria*. A partir de aquí, Peerlkamp descubrió una criptocorruptela y la corrigió como *omnia*: la lección *omnes* (unida a *terras*) se creó evidentemente para obviar la dificultad de un (aparente) trisílabo en el último pie; pero *omnia* es bisílabo por sinicesis: la incompreensión del fenómeno facilitó la alteración a *omnes*. Como en *Aen.* 6, 33 *quin protinus omnia / perlegerent oculis*, donde también algunos manuscritos lo cambian por *omne*.

Al adoptar el neutro plural *omnia*, el verso siguiente se convierte en un *tricolon* aposicional, reconstruyendo así una fórmula poética que ya aparece en un fragmento de Empédocles (fr. 38 D.- K.): ...εἰ δ' ἄγε τοι λέξω πρῶθ' ἠλικά τ' ἀρχήν,/ ἐξ ὧν δῆλ' ἐγένοντο τὰ νῦν ἐσορῶμεν ἅπαντα,/ γαῖά τε καὶ πόντος πολυκύμων ἠδ' ὕγρὸς/ Τίτάν ἠδ' αἰθῆρ σφίγγων περὶ κύκλον ἅπαντα.

El mismo tópicos había sido recogido en la poesía latina por Ennio

(*ann.* 543 Vahl.² = 556 Sk.) ...*qui fulmine claro / omnia per sonitum arcet, terram mare caelum* y por Plauto (*Amph.* 1055 *ita mihi uidentur omnia, mare terram caelum, consequi / iam ut opprimar*. El propio Virgilio había utilizado el v. 222 en la 4.^a égloga (v. 50 ss.), donde se repite el mismo esquema sintáctico: *aspice conuexo nutantem sidere mundum, / terrasque tractusque maris caelumque profundum*: también aquí el *tricolon* está en aposición con *nutantem... mundum*. No hay duda de que la observación de Peerlkamp era correcta, y la ganancia en el texto es bastante notable.

Hablaré de mí en último lugar. Un acto de ostentosa modestia, con el que espero compensar la vanidad de haber incluido una de mis conjeturas entre las que más me gustan. Siquiera por discreción debería haberme abstenido de hacerlo, pero prevaleció en mí esa ingenua ambición que a veces ha impulsado a algunos pintores a retratarse a sí mismos en “un cuadro atestado de personajes: en primer plano los protagonistas, célebres y avasalladores; en posición desflecada el artista, testigo respetuoso y contento, casi uno de tantos”. Sincera es la justificación que quisiera dar a mi impertinencia: sé perfectamente cómo surgió la intervención que cito —precisamente porque es mía—; puedo dar cuenta de la forma en que fue concebida, puedo exponer detalladamente los criterios que yo mismo apliqué y los distintos pasos de mi razonamiento. La *leçon par l'exemple* se vuelve, así, didácticamente eficaz, casi como si fuera la crónica razonada de un seminario escolar. Leemos en *Georg.* 3, 157-65:

Post partum cura in uitulos traducitur omnis;
continuoque notas et nomina gentis inurunt,
et quos aut pecori malint submittere habendo
aut aris seruare sacros aut scindere terram 160
et campum horrentem fractis inuertere glaebis.
cetera pascuntur uiridis armenta per herbas:
tu quos ad studium atque usum formabis agrestem
iam uitulos hortare uiamque insiste domandi,
dum faciles animi iuenum, dum mobilis aetas. 165

*Tras el parto, todos los cuidados se dirigen a los terneros;
e inmediatamente se les estampa la marca y el nombre de la casa,
y los que se prefieren criar para continuar la raza
o se consagran a los altares o se destinan a arar*

*y a volcar el áspero campo de terrones rotos.
Mientras los otros rebaños pastan en la hierba verde,
adistrarás a los que quieras entrenar para el trabajo de los campos
mientras aún sean jóvenes adiéstralos y comienza a domarlos
cuando aún el alma de la juventud se presta y aún dócil es la edad.*

Virgilio habla aquí del herraje de los animales domésticos con vistas a los distintos usos que les dará el criador. Los filólogos llevan mucho tiempo expresando su inquietud ante el v. 159: *et quos* parece ser un verdadero ‘*quid*’ exegético. Todas las hipótesis posibles de conexión sintáctica son, en mi opinión, insatisfactorias. Ya Heyne resumió bien el problema: “Cópula et non habet cui bene iungatur. Sunt qui construant: continuoque inurunt notas, et nomina gentis et quos, ut uerba et nomina et quos pro appositione habeantur, genusque et usus distincte designetur. Sed quomodo inurunt nomina et quos iungi possit, non docent. Equidem suppleo: et inurunt notas iis, quos”³⁷.

Los comentaristas modernos continúan en una encrucijada respecto al dilema formulado por Heyne: o siguen su propuesta o aceptan la otra solución, que él mencionó pero solo para rechazarla. Así, Conington, Page y Thomas intentan extraer del sentido general de *notas et nomina gentis inurunt* un verbo como ‘*signant*’ o ‘*distinguunt*’, un verbo implícito que tendría la función de contener un *eos* no expresado, el antecedente de *quos*. Mynors prefiere en cambio adoptar la antigua interpretación que trata *et nomina... et (eos) quos* como una doble aposición explicativa de *notas* (“*signa quibus et denotentur nomina et distinguantur ii qui...*”) ³⁸.

Ninguna de estas lecturas me parece aceptable: creo que todas resultan forzadas desde un punto de vista exegético, se trata de acrobacias autorizadas únicamente por la ilusión de que una proposición relativa puede construirse con un enlace sintáctico fuertemente elíptico o incluso desgramaticalizado. Muchos intérpretes parecen condicionados por la nota de Servio Danielino, que entiende el *cetera* del v. 162 como *quae*

37 Publii Virgilii Maronis ex recensione Chr. Gottl. Heyne recentioribus Wenderbruch et Ruhtipfi curis illustrata, Augustae Taurinorum, Ex typis Joseph Pomba, 1827, vol. II, p. 25.

38 Virgilio, *Georgics*, ed. Roger Aubrey Baskerville Mynors, Oxford, Oxford University Press, 1990, p. 207.

non inuruntur (los animales que no son marcados), con referencia a los versos precedentes y a las categorías de animales que en cambio sí lo son (como si Virgilio distinguiera dos grupos de animales: los que *inuruntur* y los que *non inuruntur*). Me parece probable que durante la transmisión el primer nexa *et nomina gentis inurunt* produjera mecánicamente el segundo nexa *et quos*, de modo que tenemos dos oraciones coordinadas en apariencia con un polisíndeton.

Pero si uno no se empeña en creer que *quos* es un pronombre relativo, enseguida le viene a la mente la enmienda *si quos*. El resultado es una secuencia límpida y fluida: *continuoque notas et nomina gentis inurunt, / SI QUOS AUT pecori malint... AUT aris seruare... AUT scindere terram*. El texto así corregido da a entender que se marca a todas las categorías de terneros, ya sea para procrear, arar o sacrificar. La misma estructura sintáctica, en la que *si quos* va seguida de una triple enumeración introducida por *aut*, se encuentra (y es perfectamente idéntica) en *Buc.* 5, 10-11 “incipi, Mopse, prior, SI QUOS AUT Phyllidis ignes / AUT Alconis habes laudes AUT iurgia Codri”. Este es uno de los casos más evidentes de ‘oído interno’ que se pueden registrar en un poeta; pero muchos otros ejemplos avalan lo mucho que le gustaba a Virgilio el nexa *si quis... aut*: baste citar *Georg.* 2, 49-50 *Tamen haec quoque, si quis / inserat aut scrobibus mandet mutata subactis*, o *Aen.* 1, 575 ...*Libyae lustrare extrema iubebo, / siquibus eiectus siluis aut urbibus errat*, o 9, 406 *siqua tuis umquam pro me pater Hyrtacus aris / dona tulit, siqua ipse meis uenatibus auxi / suspendiue tholo aut sacra ad fastigia fixi*.

Estrechamente relacionado con este asunto está el problema del v. 162 *Cetera pascantur... armenta*, verso suprimido por Ribbeck porque es difícil de conciliar con la enumeración anterior, que debería haber agotado todos los destinos posibles de los terneros. Pero, como sugiere Mynors en su comentario (siguiendo a Martyn)³⁹, *cetera* “looks forward”, es decir,

39 Publii Virgilii Maronis Georgicorum libri quatuor. The Georgicks of Virgil, with an English translation and notes, ed. y trad. John Martyn, Londres, T. Osborne and J. Shipton, in Gray's-Inn, 1755, p. 310: “I take a new sentence to begin with ver. 162. Caetera pascantur, &c. The rest of the herd, that is, those which are designed for breeding, or sacrifice, may feed at large in the meadows, for they need no other care, than to furnish them with sufficient nourishment, till they arrive at their due age. But those which are designed for agriculture, require more care: they must be tamed, whilst they are but calves, and tractable in their tender years”.

inaugura una nueva frase relacionada con lo que sigue y no se refiere a lo que precede. *Cetera* significa aquí ἄλλα μὲν, a lo que responde, oponiéndose, el imperativo *tu... hortare... insiste* (“mientras todos los demás rebaños..., tú seleccionas unos pocos terneros...”). Es decir, *cetera* puntualiza que se trata de “todos los demás rebaños”, en oposición a los pocos “uituli” que los campesinos deben aislar de inmediato para que puedan ser domados y habituados al trabajo agrícola: hay que adiestrarlos cuando todavía son recién nacidos y sus espíritus se amoldan fácilmente a las fatigas del yugo (*quos ad studium atque usum formabis agrestem*).

El pensamiento es el siguiente: “tú coge los terneros que tendrás que adiestrar, los demás déjalos libres”⁴⁰. Pero como si se le diera la vuelta a la formulación virgiliana, se convierte en: “Los otros terneros déjalos libres para que pasten, tú amansa a los que tendrán que trabajar los campos”. Si nos fijamos bien, el mismo movimiento de oposición, entre un *alii* como antecedente (que aquí también es ἄλλοι μὲν) y un imperativo posterior dirigido al destinatario, se encuentra en el famoso pasaje de *Aen*, 6, 846 y ss. *excudent alii spirantia... aera /... / tu, ..., Romane, memento*: “los otros harán bronces; tú, Romano, recuerda...”.

40 Desde este punto de vista también se podría reconsiderar la lección *pascuntur* de los ‘recentiores’ en lugar del *pascuntur* del resto de la tradición. Un subjuntivo exhortativo sería totalmente coherente con la secuencia de los verbos siguientes, que tienen carácter preceptivo (*hortare, insiste..., ducantur, signent..., carpes, consument*).